

INTRODUCCIÓN

¿Por qué esta obra?

El interés por la evolución de los estudios árabes en España no es nuevo. Aunque ya antes habían visto la luz diferentes trabajos sobre este tema, es desde principios de los años setenta cuando se viene observando un interés cada vez mayor por la historia del arabismo español, tanto dentro, como fuera de nuestras fronteras.

La nómina de investigadores que vienen dedicando su atención a esta parcela de nuestra historia es amplia. Buena parte de esta producción científica ha quedado recogida en la sección bibliográfica dedicada a arabismo y arabistas en España de la obra colectiva de M.T. Penelas, M. Fierro y M. Marín *Los estudios árabes e islámicos en España* (SEEA-Universidad de Murcia, 1996). Lejos de decaer, el interés en este ámbito sigue incrementándose en los últimos años y buena muestra de ello son, entre otros, los recientes artículos de B. López García ¹ o M. Marín ².

La mayoría de estos trabajos centran su atención en el arabismo de siglos precedentes o, a lo sumo, en los arabistas que ejercieron su labor principal durante la primera mitad del siglo XX, siendo menos frecuente lo que podríamos considerar un sano ejercicio de autocrítica y reflexión sobre la actividad desarrollada en las últimas décadas.

De otro lado, es preciso tener en cuenta que la Universidad española no empieza a considerar la traducción como disciplina científica independiente hasta la década de los ochenta del siglo XX. Los pocos

¹ “30 años de arabismo español: el fin de la almogavaría científica (1967-1997)”, *Awraq* 18 (1997), 11-48; y “Orientalismo y traducción en los orígenes del arabismo moderno en España”, en G. Fernández Parrilla y M. C. Fera García (eds.), *Orientalismo, exotismo y traducción*, Cuenca: Universidad de Castilla La Mancha, 2000, 153-172.

² “Los arabistas españoles y Marruecos: de Lafuente Alcántara a Millás Vallicrosa”, en J. Nogué y J. L. Villanova (coords.), *España en Marruecos*, Lleida: Editorial Milet, 1999, 75-97.

años transcurridos desde la instauración de los Estudios de Traducción en España acaso expliquen que el esfuerzo de reflexión y descripción que veíamos desarrollado por distintos investigadores sobre otras facetas de nuestro arabismo no haya aún tenido eco en el mundo de la traducción, a pesar de ser ésta una actividad a la que los arabistas españoles han prestado no poco tiempo y dedicación.

De hecho, la historia de la traducción del árabe al castellano constituye un territorio aún prácticamente inexplorado si dejamos de lado los numerosos estudios existentes respecto a la antigua Escuela de Traductores de Toledo, principalmente obra de hispanistas, los escasos datos que aparecen en la *Biblioteca de los traductores españoles* de Marcelino Menéndez Pelayo, restringidos a la figura de Josep Antonio Conde, así como las pocas noticias que, por estar ligadas al mundo del arabismo, aparecen en las obras que acabamos de mencionar y en otras obras menores. Hoy día disponemos, eso sí, de una primera línea de investigaciones destinada a recopilar la bibliografía imprescindible para una labor crítica de este tipo, y entre cuyos autores cabe destacar, desde el punto de vista general de la traducción al castellano y otras lenguas peninsulares, a J.C. Santoyo ³, y, ya más específicamente en el campo de la traducción del árabe al castellano, a M. J. Carnicero y otros ⁴; a M. Fierro y M. M. Lucini ⁵, y, sobre todo, a T. Garulo ⁶.

Así pues, la idea del presente libro surgió del deseo, por un lado, y parafraseando a las citadas Dras. Penelas, Fierro y Marín, de superar la tradicional aversión española a la redacción de memorias, autobiografías y otros testimonios personales, sin los cuales la historia del arabismo siempre quedará en la superficie de las cosas. Por otro, y acaso más determinante para nosotros, del deseo de aportar datos para esa historia de la traducción del árabe al español que aún está por hacer, y en la que el testimonio de los propios traductores tiene un papel muy relevante.

³ Santoyo, J.C.: *Bibliografía de la traducción en español, catalán, gallego y vasco. Anexos de Livius*, 2. Salamanca: Universidad de León, 1996.

⁴ Carnicero, M. J., P. Fernández y M. Fierro: "Bibliografía sobre los musulmanes españoles y europeos". *Awraq* (1977), 18, 207-229.

⁵ Fierro, M. y M. M. Lucini: "Las reediciones de obras de tema árabe e islámico en España". *Cuadernos de la Biblioteca Islámica Félix María Pareja* (1989), 25, 5-41.

⁶ Garulo, T.: *Bibliografía provisional de obras árabes traducidas al español*. Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1988.

Los entrevistados

Si nos ceñimos al siglo XX, observamos durante su primera mitad la existencia de dos ámbitos bien diferenciados en la traducción del árabe. Por una parte, el ámbito de la traducción profesional —el de los trujamanes, si queremos—, asociado a la acción colonial española en Marruecos y a la escuela africanista. Por otra, el ámbito de la traducción académica, asociado a los medios eclesiásticos y universitarios peninsulares. A partir de la década de los sesenta de dicho siglo, esto es, tras la independencia de Marruecos, el protagonismo en el mundo de la traducción del árabe al español queda prácticamente en manos de profesores universitarios que heredan la rica experiencia de traductores de la talla de Miguel Asín Palacios o Emilio García Gómez. Éste será el panorama hasta finales de los ochenta y principios de los noventa, momento en que, a raíz de la inmigración económica en España, la traducción profesional del árabe toma renovado empuje. Por consiguiente, y desde el punto de vista de la historia de la traducción —insistimos en ello—, la generación de arabistas cuya labor se desarrolla principalmente entre principios de los años cincuenta y finales de los ochenta del siglo XX tiene una importancia capital.

A esta generación gozane entre los maestros de la primera mitad de siglo y las posteriores y más nutridas generaciones de arabistas pertenecen todos los entrevistados, a los que desde este momento queremos expresar una vez más nuestro más sincero y profundo agradecimiento por su atenta colaboración. Porque, en un libro de esta índole, el protagonismo es del entrevistado.

Así pues, un primer dato que une a todos nuestros contertulios y que nos ha servido de criterio de selección ha sido la edad. Con pequeñas diferencias, todos pertenecen a la generación nacida con anterioridad a la Guerra Civil y formada en la inmediata posguerra.

Pero no es el anterior el único criterio que los une. El segundo criterio que hemos barajado a la hora de elegir a los entrevistados ha sido su papel destacado —y en muchos casos pionero— en algún ámbito de la traducción académica del árabe al español, o su posición y capacidad para poder relatar en calidad de testigo presencial la evolución de la misma.

Pese a que todos son de sobra conocidos por su labor intelectual dentro y fuera del arabismo, y a que nuestra selección no precisa por tanto mayores justificaciones, no estará de más que recordemos brevemente cuál ha sido en nuestra opinión ese papel determinante. José M^a

Fórneas, siguiendo la estela de su maestro García Gómez, es autor de dos de las primeras traducciones de novela árabe contemporánea al español: *La ciudad inicua*, del egipcio Kamil Husayn, y *Escucha, Rida*, del libanés Anís Freyha. Su amigo y compañero de estudios Julio Cortés tiene un insustituible lugar en esta obra, amén de por su *Diccionario de árabe cultomoderno*, merced a una de las más reputadas traducciones del texto sagrado islámico hecha a una lengua europea, dando con ello continuidad a la labor iniciada años atrás por el profesor Juan Vernet, impulsor de la traducción contemporánea del Corán al español. El propio Vernet, discípulo de otro de los maestros del siglo que ha concluido, Millás Vallicrosa, ha desarrollado de igual modo una labor ingente de traducción, creadora de toda una tradición y una escuela, también en el campo científico. Y como hiciera con el Corán, traduce por primera vez en el siglo XX, y directamente del árabe, las célebres *Mil y una noches*. A esta obra dedica también sus esfuerzos Leonor Martínez, prolífica traductora literaria del árabe al español, que cuenta en su haber, además, con las primeras traducciones al español de poesía árabe contemporánea, publicadas en la década de los cincuenta por la revista *Ketama*. En esta tarea de difusión de la poesía contemporánea, en particular, y de la literatura árabe de todos los tiempos, en general, la acompañó desde época muy temprana Pedro Martínez Montávez, quien también se ha dedicado a la traducción del pensamiento árabe contemporáneo. Por último, Miguel Cruz Hernández, tras la desaparición de sus maestros Miguel Asín y Manuel Alonso, ha sido durante décadas y hasta fechas muy cercanas el referente en España de la traducción de la filosofía, la teología y el pensamiento árabe islámicos, así como su máximo divulgador. En resumen, experiencias únicas que merecían no pasar desapercibidas y testimonios cruciales que, de otro lado, y en virtud del principio de autoridad, cobran aún mayor trascendencia.

Hasta este momento no hemos hecho referencia a M^a Luisa Serrano Moreno. Su inclusión en este libro está justificada pues, si bien no ha tenido una participación tan determinante en la traducción académica del árabe al español en la segunda mitad del siglo XX, pertenece a la misma generación que el resto de los entrevistados y su experiencia completa algunos aspectos de esta particular historia del arabismo traductor que, sin su testimonio, quedaban desdibujados. Especialmente los relativos a la formación de los arabistas en el tercer centro neurálgico, junto a Madrid y Barcelona, del arabismo tradicional en España: Granada. Por otro lado, con su jubilación se cierra un capítulo singular de la historia del arabismo al que han estado vinculados varios de los

entrevistados y que no podía caer en el olvido: la enseñanza del árabe en las antiguas Escuelas de Comercio, instituciones que pretendieron de algún modo servir de puente entre el arabismo academicista y el mundo de la traducción e interpretación profesional del árabe.

Por último, y pese al esfuerzo realizado, somos conscientes de que esta obra está incompleta. Por aplicación —quizás en exceso rigurosa— de criterios cronológicos en la selección de los entrevistados, han quedado fuera, cuando menos, varios traductores cuya aportación a la traducción académica del árabe al español en el siglo XX está fuera de toda duda. Nos estamos refiriendo, aunque la nómina podría ampliarse, a los profesores Federico Corriente y M^a Jesús Viguera, cuyos testimonios imprescindibles quedan pendientes para una próxima entrega de esta historia del arabismo traductor. Y por supuesto, a los tristemente desaparecidos Marcelino Villegas y José Manuel Continente. Además han quedado fuera, por razones prácticas, todos aquellos estudiosos que, sin haber publicado traducciones como tales, sí que han traducido textos, frases o términos en sus obras de investigación.

En contra de nuestra voluntad inicial, y a fin de mantener la unidad de esta obra, ha quedado también fuera de ella algún testimonio sobre la labor realizada por las estructuras profesionales y docentes creadas en el Norte de Marruecos a raíz de la instauración del Protectorado en el año 1912, y que en el año 1956, al momento de producirse la independencia de nuestro país vecino, tenían a sus espaldas una experiencia en la materia sólo comparable, en este mundo de la traducción del árabe al español, con la que acumularon los trujamanes españoles del siglo XVI. Quede, de igual modo, para un futuro no lejano.

Contenido y modo de realización de las entrevistas

El modo en que se ha realizado la obra es muy simple. En primer lugar elaboramos un cuestionario común para todos los entrevistados en el que se recogían los siguientes aspectos:

- Trayectoria personal y profesional de cada uno, especialmente en el campo de la traducción (excepto en aquellos casos en los que dicha trayectoria ya había aparecido publicada), incluyendo sus actuaciones en otros ámbitos de la traducción no académica.
- Valoración de la obra traductora realizada, tanto por ellos mismos como por sus predecesores y seguidores, con lo que prácticamente abarcamos todo el siglo XX.

- Papel de la traducción en el arabismo español, incluida su función pedagógica como instrumento al servicio de la enseñanza de la lengua árabe.
- Valoración de la recepción de la cultura árabe e islámica en España, asunto este íntimamente ligado a los estudios de traducción.
- Aclaración y valoración del papel desempeñado por las distintas instituciones implicadas en la traducción académica del árabe durante la segunda mitad del siglo XX.
- Aclaración de las relaciones entre el arabismo y el africanismo, especialmente en lo referente al mundo de la traducción.

Posteriormente, y a la vista de la producción personal de cada entrevistado, completamos este cuestionario general con una serie de preguntas más específicas sobre su obra traductora en las que se recogen aspectos tales como el concepto de traducción defendido y los criterios técnicos seguidos en la traducción de textos árabes, especialmente en referencia a cuestiones tales como el uso de transcripciones, arabismos, aparato crítico, ediciones utilizadas, diccionarios y otros medios documentales y criterios estilísticos utilizados. De igual modo, y cuando era posible, se intentó indagar en las relaciones con los autores traducidos y con el mundo intelectual árabe en general, al igual que en otros aspectos vinculados al mundo editorial como, por ejemplo, las remuneraciones, la censura o las relaciones traductor-editor.

En cualquier caso, y como cabía esperar en un libro de esta naturaleza, el resultado final ha dependido de múltiples factores. En primer lugar, de los diferentes caracteres personales de los entrevistados. En segundo, de su dedicación a unos u otros ámbitos de la traducción y de su vinculación o independencia de las distintas tendencias del arabismo español. Y, en tercer lugar, del curso mismo de la conversación: como era lógico, la interacción entrevistado-entrevistador ha variado en cada caso, dependiendo de la relación existente entre ambos y de la posible desviación que pudiera sufrir el guión previsto por el entusiasmo y la curiosidad de los entrevistadores, únicos responsables últimos de la posible parcialidad de los cuestionarios. También hay que advertir que las entrevistas realizadas a los profesores Vernet y Martínez Martín se realizaron por correspondencia mediante un cuestionario escrito, posteriormente ultimado por teléfono, lo que explica el contraste en el tono que el lector pueda percibir con el resto de entrevistas. Todo ello, en síntesis, conduce a que, pese a la uniformidad general de criterios, cada uno de los testimonios tenga su propia personalidad.

En todos los casos se ha procedido a la mera reproducción de las respuestas escritas o a la transcripción literal (revisada posteriormente por los entrevistados) de las cintas grabadas, lo que explica el tono oral que preside este libro. En ningún momento se ha intentado corregir ese tono, ya que da a la obra una frescura y espontaneidad muy recomendables en la historia oral. Porque este libro es, ante todo, una obra de historia oral de la traducción académica del árabe.

En nuestro propósito inicial no ha estado sacar conclusiones para esa historia de la traducción del árabe al español a partir de las declaraciones de cada uno de los entrevistados sino simplemente reproducir su testimonio. De todos modos, y a la vista de todo el material reunido, abundante y diverso, nos ha parecido conveniente resaltar algunos puntos que pasamos a detallar con el único objetivo de animar —aún más si cabe— a la lectura de la obra.

La experiencia y criterios traductores de los entrevistados

En las páginas anteriores hemos afirmado que los entrevistados se enmarcan en la tradición traductora del arabismo español. No cabe duda de que su formación mana —y con ella también su modo de traducir— exclusivamente de esa tradición académica. Dicho de otro modo, a excepción de P. Martínez Montávez, los entrevistados nunca han llevado a cabo otras traducciones que las relacionadas con su vida académica, de igual modo que sus predecesores y maestros. Así, tanto J.M. Fórneas como J. Cortés declaran no haber hecho nunca una sola traducción ajena al mundo y las instituciones académicas, mientras que J. Vernet sólo recuerda haber realizado una vez un encargo de traducción al margen del arabismo. Incluso P. Martínez Montávez, quien sí afirma haber realizado otros muchos trabajos de traducción fuera del ámbito académico, diferencia estos últimos de los trabajos “serios”, propios de su condición de arabista, a lo que añade que traducir por dinero, y no por interés personal o científico, es algo que “no ha hecho jamás”. Cuando se le pregunta por los traductores profesionales del Protectorado a L. Martínez, por su parte, contesta que “no estuve en Marruecos para aprender a traducir ni a interpretar, antes bien, para aprovechar mis becas como ampliación de los estudios que había realizado sobre lengua y cultura árabes y aprender a hablar esta lengua”, pese a que durante su estancia en Marruecos fue pionera de la traducción de poesía árabe contemporánea. Sus palabras, por tanto, sólo pueden entenderse como una afirmación de pertenencia a la línea de tra-

ducción académica y de alejamiento de cualquier otra forma de traducción del árabe. Por otro lado, cuando a la misma entrevistada se le pregunta por las razones de publicar traducciones de poesía en ediciones bilingües, responde que “es bueno para cualquier estudiante [...] que pueda comparar original y traducción”. E incluso, cuando se le pregunta que cómo es que habiendo realizado su traducción de *Las mil y una noches* con J.A. Larraya, cada uno de manera independiente, en el resultado no se aprecian diferencias, afirma que “piense que tanto el profesor Larraya como yo hemos aprendido las mismas cosas en el mismo sitio [...] es una cuestión de escuela”. No cabe la menor duda, por tanto, de que, de manera más o menos consciente, todos los entrevistados se consideran integrantes de la tradición traductora del arabismo español tradicional, así como de que, también de manera más o menos consciente, para ellos la labor de traducción, en general, no tiene sentido fuera de los intereses académicos y docentes.

Los criterios de traducción de los entrevistados, como es lógico, se explican a la vista de las necesidades propias de esta tradición traductora. Para empezar, se diría que el criterio general de traducción que preside sus obras es más “filológico que pragmático”. El texto de llegada, por su parte, debe ser ante todo fiel a la norma castellana —lo que M. Cruz Hernández denomina “español clásico”— o, simplemente, a los criterios estilísticos de los inmediatos predecesores. Así pues, para ellos, en términos generales, traducir consiste en mantener la cercanía al texto original y, al mismo tiempo, la pulcritud normativa del texto en español. Para J. Cortés, por ejemplo, es necesario a la hora de traducir “prescindir de todo excepto del texto mismo”. En palabras del profesor Millás, citadas por J. Vernet y L. Martínez, el resultado de la operación traductora debe ser “literal literario”. J. Cortés, por su parte, añade que ese criterio general se debe a la influencia de E. García Gómez, aunque ciertamente, a juicio de M. Cruz Hernández, la técnica podría remontarse también a M. Asín Palacios, a quien a su vez sigue muy de cerca M. Alonso. Esta técnica que, al fin, podemos considerar de M. Asín Palacios, consiste, en palabras de M. Cruz Hernández, en “desmontar y volver a montar” el texto árabe en español. De todos modos, como también afirma M. Cruz Hernández, el estilo castellano que comparten los profesores Asín y Alonso es más del siglo XIX que del XX, asunto que define el cambio que realmente introduce E. García Gómez: la misma técnica del “desmontaje y vuelta a montar”, o del resultado “literal literario”, adaptada al estilo español del siglo XX.

El prurito de mantener la cercanía al texto original, incluso de mantener “la forma y la imagen del original” —en palabras de L. Martí-

nez—, y al mismo tiempo un texto de llegada “literario-literal” conduce a contradicciones que, en realidad, no son percibidas como tales por los entrevistados. De hecho, los protagonistas, por su formación filológica, apenas tienen conciencia de otras dificultades inherentes a la operación traductora que las derivadas de los problemas gramaticales de los textos traducidos, como afirman expresamente J. Cortés y L. Martínez. Si acaso, sólo la existencia de neologismos no recogidos en los diccionarios permite hablar de problemas de traducción. Fuera de la gramática, o del vocabulario, todo es intuición. Y ello, pese a que la traducción constituía la base sobre la que se sostenía la formación tradicional del arabista español (aunque, como reconoce P. Martínez Montávez, “con muy poco aparato teórico, por no decir nulo, y con escasa explicación técnica”, aunque, eso sí, con gran incidencia en los aspectos históricos, lo que “es consustancial al filólogo”).

Otro de los aspectos que tradicionalmente han definido en buena medida las traducciones del árabe en la línea académica es el uso de transliteraciones y arabismos, asunto en el que se observa una clara evolución de criterios a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. J.M. Fórneas, por ejemplo, llega a afirmar que ahora comprende que ha abusado de las transliteraciones en sus trabajos de traducción, y que seguramente ello se debe a su “deformación profesional”. J. Cortés, mostrando en sus opiniones actuales esta evolución, observa que el uso de transliteraciones depende del público al que se dirija la traducción. Por otro lado, de los testimonios recogidos en esta obra parece desprenderse que en lo relativo al uso de arabismos patrimoniales se ha producido un viraje aún más evidente en la escuela desde los tiempos de M. Asín Palacios, para quien, como recuerda M. Cruz Hernández, el uso de arabismos era fundamental en las traducciones del árabe. Para J. Cortés, J.M. Fórneas, J. Vernet y L. Martínez, el uso de arabismos ya no es un fin en sí mismo, aunque L. Martínez añade que, entre una palabra de origen árabe y otra que no lo es, prefiere la primera en una traducción, siempre que no sean arabismos de uso infrecuente o que hayan caído en desuso. El único que se desmarca en este sentido es P. Martínez Montávez, el cual, frente a la tendencia mayoritaria en la escuela a finales del siglo XX, afirma estar decidido a usar, de manera plenamente consciente, cada vez más arabismos en sus traducciones a fin de aumentar el caudal léxico de los lectores (es decir, por razones que ya no tienen relación alguna con las de M. Asín Palacios).